

MUSICA AMENAZADA

POR

FELIX GRANDE

Para
Bernadette Clairtent
Catherine Spinetta
Jacqueline Imbert
Nicole Avent

EL CORO

(Ante una grabación del Ensemble vocal Philippe Caillard.)

Vienen hiriendo, restañando;
hieren de tanto restañar.
Voces mágicas, voces remotas
por entre los dientes del tiempo
y casi trágicas de inocencia.

Cantan desde siglos pasados:
el xvi, el xvii...
Cuentan historias demoledoras
de la ilusión y de las parejas
(se diría que el universo
era entonces hablar de amor);
mencionan el lecho y la espera,
la famosa ventana, el pañuelo,
la emoción de verse pasar
y las horas, las horas, las horas...:
se querían; se hacían sufrir.
Y componían una canción.

Espantosa dulzura, chorro
de luz o de misericordia,
música mágica,
¿a qué vienes?

Te filtras suave por los muros
de las edades y del silencio
y apareces como un fantasma
lastimado por tanto viaje,
y caes aquí:

en este teatro
de tres mil millones de solos
que chapotean entre la infamia,
el miedo a la guerra, el hastío,
la cósmica melancolía.

¿Verdaderamente traeis
una misión, voces tremendas?
Este siglo de espanto diario,
de contabilizado rencor,
de odio mecánico, de hambre
regateada por el cinismo,
de soledad de pedernal,
de caos de bronce... Voces, voces,
aquí llegais, aquí sonais:
¿cómo justificaros? ¿cómo
resistir a la atentación
de aullar de ira y de miseria
ante vuestro lóbrego encanto?

Porque también mentís al tiempo
de vuestra procedencia: entonces
también era una selva el mundo,
se mataban y se robaban
unos a otros, los poderosos
chupaban sangre de los débiles,
los pobres de espíritu eran
pisoteados.

La barbarie,
la encenagadora prehistoria,
ha abdicado de siglo en siglo
y ha llegado hasta hoy, apartando
dignidad y besos de amor.

¿Cómo justificarte, música?
¿cómo perdonaros ahora,
voces compasivas? Hemos llegado

en la vida a un punto difícil:
nos conmovemos y sentimos
por ello culpabilidad,
como si sólo fuera posible
amar en forma de odio.

... Pero vosotras
seguís sonando e incidiendo
en la tierra bombardeada;
vosotras, voces de paciencia,
continuaréis narrando historias
de dulce amor y pena suave
cuando todos seamos ruina
y un nuevo siglo tome el fardo
de nuestra desesperación.

Así, ¿por qué justificaros?
¿no sois también la realidad?
¿no sois el sueño de bonanza
que atormenta al planeta en la sien?
¿no venís para recordar
que el corazón cobija un torpe
y tímido deseo de amor?
¿no os vestís con ese ropaje
sonoro de memoria y origen
para que el corazón comprenda
que aún conserva su oficio lejano?

Cuando todos, música mágica,
bajo el miedo, el cansancio, la edad,
la guerra o el asesinato,
hayamos desaparecido,
¿qué otra cosa podríamos legar
más humana que tú?, ¿qué herencia
más rica que tu majestad,
tu lágrima y tu compasión?
¿acaso no habremos servido
a la rueda del universo
así: amándote, sufriendote
y entregándote, sumergidos
en tu pavorosa piedad?

Voces de los tiempos remotos:
habéis llegado hasta el desastre
desde el desastre, hacia el desastre;
pero, ¿cómo no preguntarnos
si venceréis alguna vez,
si no es ya una lenta victoria
vuestra permanencia, increíble
y sagrada como un perdón?

IMPRESION JUNTO A «LA INACABADA»

Miro el disco girar, girar, girar.

Escucho en esa música
la miseria del mundo,
los siglos que sonrín
como desde el hospicio
con sus encías desarropadas,
la intimidad feroz
de las alcobas de la tierra
donde las gentes han velado
el cadáver de su ilusión;
ahí, girando en el disco,
se encuentra la implacable
y más sombría igualdad
conseguida hasta hoy:
la pesadumbre del género humano.

Miro el disco girar;
veo figuras de hombres
y mujeres y ancianos
bajo la nieve, caminando
aplastados por su destino.
Veo tu adolescencia
aprisionada en el invierno,
vestida con harapos y hambrienta;
veo un poco de candor insensato
en tus ojos enfebrecidos.

Gigante: veo tu insomnio
solitario, tus lágrimas.

Giran las calles de los arrabales
apuntaladas de seres enfermos
que tosen, saludándose
con timidez y hastío
—qué tristeza en el parque:
el aguanieve inutilizando
a los bancos vacíos, y el silencio,
el único habitante que soporta
tanta calamidad—. Veo tu mirada
arrastrándose por las tapias.

Franz, cuánta noche.
Ya no se sabe bien si eso que ves
son tus famélicos amigos
o las figuras de una pesadilla
fraterna y horrorosa;
ya no se sabe bien
si es el genio o el miedo
lo que te bambolea.
Cierras y abres los ojos
sufriendo como un perro
y escribes una música desesperada
que ruge de misericordia.

¿De dónde extraes la misericordia?
Cierto que el arte es esa jugada
que convierte al fracaso en piedad;
la impotencia, en un fino
cordón que une a los seres
por el meñique desvalido;
pero, ¿tanta piedad?
¿de entre tanta agonía tanto amor?
¿de tanta soledad tanto fermento?
¿Qué energía te quedó sin morder
por la manada de los años crueles?
¿O era precisamente
que la desgracia te llegó hasta el hueso
y allí, exhausta, se detuvo
incapaz de continuar su destrozo
y pavorosamente mellada, envejecida?

Cuánta severidad en la catástrofe,
qué cogollo de alma. Miro el disco
girar, girar, girar,
veo caras descompuestas,
veo barrios, charcos, veo
enormes cantidades de Europa,
veo las convulsiones
y el cimientto de la miseria,
veo la lenta epilepsia
de la desolación.

Y veo el rostro enhiesto
del creador de música,
desgarrador Franz Schubert
congelado de hambre;
enfebrecido y sacudido
por la patética necesidad de su creación,
trabajando su música,
trabajando su vida,
trabajando su siglo, interpretando
a su manera angelical y atroz el mundo;
chorreando piedad
y desastre y cariño y espanto,
sorbiento un vaso de agua,
frotándose las manos heladas
y volviendo a su música
arrebujado en su grandeza,
casi electrocutado en ella,
esclavo de su libertad.

CONJETURA PARA CHOPIN

Ahora que su memoria, lentamente,
se esculpe con materia de olvido;
ahora que su nombre se adhiere a legajos humanos
para florecer en sombrías gargantas
que no han nacido todavía;
ahora que aquellos valsos, la nevada hoguera,
los hijos de su cráneo que tiritaba de pasión,

cubren carrera al paso reflexivo y oscuro
de generaciones futuras;
ahora que comprendemos, desde el fondo
de nuestra inmaterial sustancia, el miedo,
que un hombre nace y, por sufrir,
sigue naciendo durante siglos
y que no obstante
hasta su memoria se agota de la vida
y se cierra;

ahora,
inclinémonos a esa tumba,
contemplemos ese mármol soberbio,
esa impostura que asegura preservarlo
y pensemos que aquel cerebro sofocado
conocía su suerte más allá de su fama
y que su corazón discutía con el río de siglos
que iba a arrastrar a su inmortalidad
hasta el olvido poderoso
y que sus dedos, en el piano, creían golpear
pequeños catafalcos de los hijos de los hijos,
lápidas negras y lápidas blancas al otro borde del futuro;

pensemos
que aquella criatura de pánico indomable
vivió un tercio de siglo
pero que hozó la humanidad entera
desde el origen acorralado de leyendas
hasta ese fin del tiempo que se pierde en la idea
como un eco lejano de pasos en el cráneo;

pensemos
que aquella criatura vió, sentado al piano,
el silencio de los destinos,
la caída de los grandes al abismo
en donde el grito de victoria,
errante, se desnuda y se apaga,
la prescripción de todo hombre, ejecutada
con una atroz monotonía;

y ahora, deduzcamos
que aquel muchacho, Federico,
el polaco que supo
desenfrenar la nada que deambula

en la caverna de nuestro corazón,
no fue de amor únicamente
de lo que fabricó su bloque de catástrofe,
no fue de enfermedad tan sólo
de lo que su quejido se echó a andar
como un ciego solemne en un jardín deshabitado,
sino que la mirada de su horroroso raciocinio
había asistido a la agonía de los inmortales
y con esa visión tatuada en sus ideas
miró el papel pautado y
tal vez llorando
definió la grandiosa desdicha de nacer sin destino.

LA MUSICA ULTIMA

Se moría de una vez naufragando en redondo
entre cuatro paredes y una gotas de música:
escuchaba el sonido con tan grande avaricia
que creía morirse despacio, desde lejos.

Quería lamer la música, el son de su existencia
chocando años y años por las peñas del mundo;
quería lamer el dulce estrépito de aquella
vida que le agredía alejándose en círculos.

Pensar, sufrir y amar eran un mismo espasmo.
Vio rostros: de personas, de ciudades, de ideas.
Atolandrado, quiso perdonar —¿perdonar?
...Se apagaba escuchando la música delgada.

Se le reunían todas sus alucinaciones
en una melodía inexperta y gravísima.
Se le formaba el feto de su cero en el alma,
un cero melancólico como un brocal sin parra.

El, su vida, su historia, su edad, su estilo, todo
devenía cero; era el fino cataclismo,
la gran carie. Y oía unas gotas de música
maravillosa y torpe, anónima y genial.

Se oía nacer, oía las canciones de boda
de sus antepasados remotos, el chirrido
de las camas abuelas, bisabuelas, fundiéndose
en la pasión horrible de la continuidad.

Cerrábanse las puertas, tragaluces, ventanas;
los precintos lo hacían cada vez más recluso;
pronto sería el recluso completo e infinito;
la cárcel increíble se cerraba sobre él.

Lamía y lamía aquella música de los astros,
de la tierra y los siglos, de su barrio y su vida,
de su alcoba y su adiós. Se moría lamiendo
la música que sobre su cráneo goteaba.

PRELUDIO

Apaciguaba al hombre sin hurtarle sus penas,
ensanchaba su fuerza cavando en su emoción;
música, dulce ofidio sin veneno, que llenas
de tiempo la cabeza, de musgo el corazón.

Nos zurcías, enhebrado tu hilillo de defensa
como un inacabable cordón umbilical;
madre misericordia, lograbas, sin ofensa,
ser algo así como una limosna universal.

Tu abrazo se iba abriendo como una noche en calma
restañando a la frente su diverso sudor;
traías una oleada muy cósmica de alma
y un perfume de cráneos agotados de amor.

Félix Grande
Alenza, 8, 5.º C
MADRID-3